

M.
agosto - 4 - 1959

LA CEIBA DEL TEMPLETE

UNA extraña y triste nota ha aparecido en la prensa de estos días: agoniza la ceiba del Templete. Sembrada hace 131 años, en pleno apogeo de la Colonia, la ceiba ha contemplado todo el trajinado avatar de la existencia cubana, con sus luchas, sus esperanzas, sus logros gloriosos y sus horas de dolorosas tragedias.

La ceiba, después de un centenar de años de activa vigilia, se siente cansada, deprimida, clorótica. El desfavorable ambiente aéreo y terrestre—dice la nota periodística—le ha provocado una progresiva intoxicación. Hay por el lugar demasiado hollín y no pocos gases venenosos, que quitan a la vieja ceiba el oxígeno que necesita para vivir.

Al enemigo aéreo, que circunda a la ceiba como un fantasma de alas negras, se une otro enemigo más pedestre pero no menos dañino: el área pavimentada, que estrangula las raíces del árbol con pasión de bruja torva y relamida..

La doble ofensiva, aérea y subterránea, ha sido como una tortura totalitaria, que ha llevado a la ceiba al borde mismo de la muerte. Pero la ciencia moderna tiene recursos abundantes para luchar contra los males de los hombres y de las plantas. De ahí que se haya impuesto un tratamiento de urgencia a la vieja señora vegetal, que incluye desde el procedimiento quirúrgico para podar los tejidos inservibles hasta la inyección de suero fisiológico, con soluciones alimenticias que restauren el vigor y la lozanía a la planta centenaria.

¿Valdrá la pena que la ceiba del Templete siga de testigo mudo, alzada frente a la valetudinaria Plaza de Armas, donde se levanta ahora la estatua del Padre de la Patria? Nadie podría contestar una pregunta semejante, pero es un deber de solidaridad prolongar la vida, vegetal o humana, cuando ello sea posible. La anciana ceiba recibirá ahora un auxilio de urgencia, y el verde se volverá a asomar a sus hojas, y acaso vuelva a estremecerse bajo un claro de luna, en una hermosa noche tropical...